

El Pacto: ¿Con Dios o con el Hombre?

Por Rousas J. Rushdoony

Satanás ha sido descrito como el monigote de Dios, queriendo decir con ello que todo lo que la creatura puede hacer está predeterminado por Dios, y toda posibilidad y potencialidad pertenece a la ordenación de Dios. Cuando la creatura rebelde busca su independencia de Dios todos sus actos son una imitación del Dios que rechaza, y todas sus posibilidades pertenecen a la creación de Dios.

Al crear al hombre Dios estableció el pacto de Gracia por el cual las condiciones de la vida del hombre, y las leyes de su existencia personal y social, fueron ordenadas por Dios y establecidas en Su palabra escrita. De modo que el pacto establece las leyes del ser del hombre, su relación para con Dios y con el hombre, y apartarse del pacto significa que el proceso de muerte comienza a operar en el hombre y en la sociedad.

Debido a que todas las posibilidades de la vida son creadas por Dios, el hombre no puede, en su rebelión, hacer más que tratar de apropiarse de las condiciones de la creación de Dios sin Dios mismo. Como resultado, el hombre, aunque quebrantador del pacto para con Dios, descubre que no puede vivir sin un pacto, y trata de reemplazar el pacto de Dios con un pacto de invención humana. La Ilustración sustituyó la idea del pacto con la doctrina del contrato social, una parodia humanista de doctrina reformada. Sin embargo, en la antigüedad pagana, sin el término “contrato social,” los hombres racionalizaron sus intentos de edificar el orden social como algún tipo de pacto o contrato con sus dioses. Estos contratos sociales politeístas eran en esencia humanistas, en el sentido de que el punto focal en todos se hallaba en el hombre, y el estándar era, todas las veces, el hombre. Ciertamente, la definición del hombre generalmente era muy limitada, siendo restringida a una raza, nación, o incluso un oficio o gobernante, pero aún era el hombre el que se hallaba en el centro. El contrato o pacto social era hecho por el hombre y esencialmente con el hombre. Los dioses Griegos, debiésemos recordar, eran hombres deificados. La idea de alguna forma de contrato social ha estado implícita en todas las culturas, simplemente porque *sociedad significa comunidad, y no puede haber comunidad sin comunión*. No es accidental que el rito o sacramento básico del pacto se llame *comunión*. Es comunión con el Señor del pacto por Su gracia, y comunión entre el hombre y los hombres que se hallan en esa gracia.

La sociedad sin comunión se deshace. Los constructores de Babel, azotados por Dios, perdieron la comunión elemental en la forma de un lenguaje común, y fueron esparcidos por su falta de comunión.

En las primeras eras, y aún en muchas culturas, la comunión descansaba en los vínculos de sangre, i.e., ser de una familia, clan o tribu. En un sentido más amplio esto todavía se aplica, aunque la definición de familia se ha expandido. En apariencia todos los Franceses provienen de una familia, aunque incluyen Bretones, Francos, Vascos y muchos otros, y la lengua común para algunos es un idioma extranjero impuesto. Los internacionalistas hablan de todos los hombres como si fuesen de una sangre y, *por lo tanto*, y por necesidad, conforman una sola comunidad, que es simplemente una expansión de la definición de

comunidad inicial, tribal y racial. Estos argumentos fracasan social e intelectualmente. La comunidad y la comunión no son productos naturales de sangre. El primer asesinato, después de todo, sucedió entre hermanos.

El hombre necesita la comunidad para vivir en paz, pero todos sus esfuerzos para formar un pacto que le provea de comunión son un fracaso. A nuestro alrededor se hallan los problemas de los pactos nacionales e internacionales. Un esfuerzo moderno importante para tratar de asegurar un pacto de paz entre el hombre y el hombre es la educación, la educación humanista y estatista. La meta de la educación, según la mayoría de los filósofos de la educación del siglo veinte, es proveer la experiencia democrática por la cual el hombre pueda vivir en comunidad con el hombre. Una de las principales objeciones en contra de las escuelas Cristianas es que son divisivas y anti-democráticas. John Dewey, en su libro *Una Fe Común*, veía al Cristianismo como divisivo debido a su discriminación religiosa y moral entre los salvos y los perdidos, entre el bien y el mal. Así, el propósito de tal educación humanista es comunión sin Dios, comunión más allá del bien y el mal. Se nos dice que, solo cuando se abandonen las distinciones entre los regenerados y los no-regenerados, entre el bien y el mal, entre las razas y los sexos, entre todos y cada uno de los hechos de la creación que pudiesen postular una diferencia o una barrera, podrá la comunidad ser llevada a cabo.

Por lo tanto, el pacto humanista de vida, requiere el abandono de la fe bíblica puesto que tiene sabor a muerte y división. Se sostiene que la comunión descansa sobre una independencia radical de la verdad, porque no hay verdad en un mundo de puros hechos brutos, inconexos y sin significado, un mundo sin Dios. Los Cristianos son ridiculizados por separarse del mundo del mal, y por establecer iglesias pequeñas y separadas en términos de todo el consejo de Dios, porque se sostiene que la verdad no tiene significado, que es subjetiva o irrelevante, mientras se sostiene que la unidad del hombre es lo primordial.

Sin embargo, mientras más se aproxima la educación humanista a su ideal de un pacto amoral y no-teísta para formar una sola familia humana, más se acerca a la anarquía total en lugar de acercarse a la comunidad. En Abril de 1975, un sub-comité del Senado de los EE.UU. declaró que el vandalismo en las escuelas estatales cuesta ahora casi un billón de dólares al año y las vidas de cientos de estudiantes asesinados; también suceden caras violaciones, robos y asaltos en los locales escolares. ¿Es esto comunión? El pacto humanista de vida es más bien un pacto de muerte.

No es un accidente que las escuelas Cristianas también sean llamadas escuelas pactales, porque la función que llevan a cabo es una tarea pactal. Las escuelas pactales requieren *comunión en la verdad*. Para ellas, no hay compromiso entre el bien y el mal, entre la verdad y el error. Jesucristo, la Verdad, requiere una separación para con Él mismo en la totalidad de nuestro ser, de modo que nuestras vidas, llamados, pensamiento y acciones han de ser gobernadas por Su palabra. Todas las áreas de la vida y el pensamiento han de ser traídas y puestas bajo sumisión a Cristo y Su palabra.

El principio de la caída es que todo hombre es su propio dios, sabiendo o determinando el bien y el mal por sí mismo (Gén. 3:5). Todo hombre como su propio dios significa

anarquía, y los esfuerzos del humanismo tienen el propósito de proteger y reafirmar la independencia anárquica del hombre para con Dios mientras encuentra algún fundamento para la comunión del hombre con el hombre. Pero, allí donde el hombre declara su independencia de Dios, no vacilará también en declarar su independencia del hombre, y el resultado es la anarquía radical. Además, al ser Dios negado, se niega también la verdad objetiva y última, y la educación entonces afirma meramente el principio del cambio. Debido a que el hombre es último todo lo demás es relativo y cambiante. Todo hombre se convierte en su propio universo, y está en guerra con todos los otros hombres. Como resultado, la educación humanista desprecia las asignaturas. Habla de enseñarle al niño, no de enseñar la asignatura. Desprecia los hechos, porque su mundo tiene solamente un hecho, el hombre anárquico y autónomo.

Sin embargo, el hombre de pacto, vive como criatura de Dios en un universo totalmente creado por Dios. Por lo tanto, el mundo tiene un significado total. No existen hechos brutos o sin sentido en el universo, solamente hechos creados por Dios. Como resultado, toda asignatura es teológicamente gobernada y religiosamente interpretada. Solamente el hombre fiel de pacto puede ser un maestro consistente y verdadero, porque solo él le hace justicia a los hechos. Debido a que se halla en el pacto de gracia, está en comunión con Dios, y por lo tanto, está abierto al universo de significado. Debido a que está en comunión con Dios, también está en comunión con otros hombres de pacto y tiene los principios de la paz y la verdad como su guía y pilar.

La función de las escuelas “públicas” humanistas ha sido la de establecer el pacto de la Familia del Hombre. Confiarles nuestros hijos a tales escuelas es entregarles a un pacto anti-Cristiano, en violación a nuestros votos bautismales. La comunión y la comunidad no se hallan en el hombre ni pertenecen al hombre, sino que son de Dios por medio de Cristo. El pacto de gracia requiere escuelas de pacto, porque solamente Dios hace que sean posibles tanto la comunión como la educación. Negar el Dios soberano y trino es negar la posibilidad ya sea de la comunidad o del aprendizaje, porque deja solamente a un hombre anárquico en un universo carente de significado. Debido a que este hombre anarquista quiere un mundo más allá del bien y el mal, y más allá de cualquier significado excepto el de su propia autonomía y condición última, reducirá a todos los hombres y a todas las cosas al sin sentido. Habiéndose declarado a sí mismo dios, el hombre autónomo no permitirá otros dioses delante de él y estará en guerra total con Dios, el hombre y el significado. Decir esto es describir el curso de la historia moderna.

Este artículo es el capítulo 2 de la parte III del libro del autor titulado

LA FILOSOFÍA DEL CURRÍCULO CRISTIANO

(Págs. 97 – 100)

Ross House Books
P. O. Box 67
Vallecito, California 95251
1985